

Del viento del desierto abrasador ;
Y así sentí cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer ; ése el alivio,
Ése fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz, eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fe.
Hora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé qué te impele seductora,
Conozco que me engañas aun *ahora* ;
Ó tal vez me amarás — yo no lo sé.

Pero yo sí te amo. No profanes
De mi amor el purísimo santuario,
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para ti ;
Para ti sola, para ti, que diste
Tormentos á mi alma venturosa,
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robásteme la dicha que tenía,
Robásteme mi paz y mi sosiego,
Y en mi tirana te erigiste luégo,
Y yo te amo y siempre te amaré.
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado ;
Yo sólo tengo un corazón llagado,
Sólo amar sé y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos
Ótro feliz encantará tu oído,
Ó de célicas formas bendecido
Su talle al vivo ostentará y su faz ;
Pero á *mí* el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza ;
Yo no levanto al cielo mi cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

Pero ay ! que si el cielo no ha querido
De perfección hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde,
Yo tengo *honor*, aunque pujanza no
Sí, tengo *honor*, el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y un alma bulle aquí en el pecho mío,
Que digna de adorarte Dios creó.

A BEATRIZ

HIJA, tu madre me dice
Que cuando tus ojos vieron
Mi carta, se humedecieron,
Y suspiraste por mí.
Yo no sé, hija del alma,
Qué me pasa : si es tormento,
Ó si es placer lo que siento,
Al saber esto de tí.

Esa lágrima inocente
Que hasta la infancia derrama,
¿ De nuestro Dios no reclama

Ya piedad, ya compasión?
 Por ti — por mí — por tu madre,
 Por tus hermanos queridos,
 ¡ Pobres huérfanos, hundidos
 En el fango y la opresión !

Por ventura en esa lágrima
 Que tus ojos humedece
 De mis padres resplandece
 El valor y la virtud.
 De éstos cuya nieta eres,
 Que por la Patria murieron,
 Y la cadena rompieron
 De una larga esclavitud.

Conque, hija mía, tú sientes
 ¿ No es verdad ? cuando *otros* ríen !
 Tú lloras, otros *sonríen*
 Con tranquilo corazón,
 Todos son esclavos, y *ella*,
 Mi hija, ya llora su pena,
 Y *ellos* sufren la cadena
 Con santa resignación !

Cuentas cinco primaveras
 Y ya lloras ; y ese llanto
 Que tu niñez honra tanto,
 Honra tu raza también.
 Al ver lo que sois ¡ oh hijos !
 Y al ver que algún parricida
 Os quita el pan y la vida,
 Le alabo porque hace bien.

Hace bien : no sois vosotros
 De aquella raza maldita
 Que de hinojos solicita
 Perdón para la virtud.
 De hambre moriréis acaso. . . .
 Muertos ! . . . esclavos ! . . . Prefiero
 Lloraros muertos : no os quiero
 Vivos en la esclavitud. . . .

Hija mía, ¡ quién pudiera
 Volar como el pensamiento,
 Oír tu infantil acento,
 Y besarte y ser feliz !
 Nada puedo ; de mi Patria
 Me está cerrada la puerta
 Mas al fin veréla abierta ;
 Y entre tanto, adiós, Beatriz !

LIMA, *Noviembre*, 1851.

(Composición escrita por la noche, el 27 de Julio de 1852,
 después de presenciar durante algunos instantes el baile dado
 por el Whist Club en la ciudad de Lima.)

I

ME voy de las playas alegres, süaves,
 Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla ;
 Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
 Do nunca ha apagado sus rayos el sol ;
 Do anuncian la aurora con trinos las aves,
 Y en cantos acordes al alba saludan ;
 Do nunca los hielos al árbol desnudan,
 Do nunca del cielo faltó el arrebol !

Me voy de las playas que el aura acaricia
 Besando las flores que crecen en ellas ;
 Do el céfiro borra las tímidas huellas
 Que deja en la arena la esbelta mujer.
 Se quedan los campos do amor y delicia
 Espiran los aires y el labio respira,
 Do en plácidos sueños el joven suspira,
 Mecido en los brazos del blando placer.

Se queda la tierra que Marte aborrece
 Y evita los ecos de trompas marciales,
 Do el bárbaro ruido de foncos metales,
 No arranca, tronando, sus gritos de horror.
 Me voy de las playas do blando se mece
 El cándido lirio al soplo del viento. . . .
 ¡ Adiós, gaya Lima, do no hay un acento
 Que no nos inspire deleite y amor !

II

Me voy . . . y nada dejo, ni un suspiro ;
 Nadie dará una lágrima á mi ausencia ;
Para mí no ha existido ni la esencia
 Plácida de los árboles aquí.
 He estado en un Edén, testigo he sido
 De los placeres que ese Edén brindaba ;
 Mas cuando yo sus árboles buscaba,
 Ni la sombra era fresca *para mí*.

Oyendo estoy el melodioso acento
 Que para otros oídos se destina ;
 Pero ese acento que al deleite inclina
 Viene tan sólo á herir mi corazón.

Viendo estoy las miradas y las risas
 Dulce y afablemente contestadas ;
 Pero esas risas ¡ ay ! esas miradas
 Son para otros, para mí no son.

En mi redor la música se anima,
 Y al grato són en mi redor se danza ;
 En mi redor se enciende la esperanza,
 En mi redor se mueve la mujer ;
 Y su forma de sílfida que vuela
 Por el salón en brazos de su amante,
 Y su rostro, de júbilo radiante,
 Y sus ojos de fuego y de placer ;

Música, baile, amor, deleite — nada
 Le pertenece al infeliz proscrito,
 Que vive, como Tántalo, maldito,
 Viendo la dicha ahogada en el dolor :
 Ni vibra para él acento amigo,
 Ni se perfuma para él la brisa,
 Ni brilla para él la dulce risa
 De amistad, ó de lástima, ó de amor.

Mira el proscrito hacia el jardín vedado
 Como pudo, lanzado de improviso,
 Mirar desde la puerta al Paraíso
 El desterrado, el infeliz Adán.
 Luégo, si piensa en el hogar nativo
 Y se transporta á playas apartadas,
 Mira la Patria, y á su amor cerradas
 Ve que sus puertas para siempre están !

III

En la turba que esa sala
Llena sonriendo, amando,
Y conversando, y burlando,
Do todos contentos van,
Aquel suspiro que exhala
De la boca coralina
La bella, que el cuello inclina
Sobre el alegre galán ;

La dulce risa, el acento
De placer y de alegría,
Y la blanda melodía
Que hace los aires vibrar. . . .
Todo aquello que contento,
Deleite y amor inspira,
No consuela al que suspira
Por su patria y por su hogar.

Él no es ave de *este* nido,
Ni oveja de *este* rebaño ;
Para todos es extraño,
De todas desconocido :
En el lujoso salón
Ve mujeres tiernas, bellas,
Mas, para él, no hay en ellas
Oídos ni corazón.

Si hacia el labio del proscrito
Un ahogado acento vuela,
El corazón se rebela,
Y aquel acento bendito
Sobre su labio se hiela :

Se hiela, como la gota
Que el frío torna en cristal
Cuando entre la escarcha brota,
Ante el oyente glacial,
Cuya indiferencia nota.

¿ Quién va á atender al ingrato
Són del dolor que se queja,
Abandonando el boato
Y el dulce y alegre trato
Donde el amor se refleja ?

¿ Quién ha de apartar los ojos
De tanta riqueza y gala,
Por atender, en la sala,
Al que oculto entre sonrojos,
Su queja tímida exhala ?

Por el pesar carcomido,
Solo entre la muchedumbre,
Mudo en medio del ruido,
Está el proscrito escondido,
Y á oscuras entre la lumbre.

IV

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles
Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,
Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmóviles
Una enfermiza, pálida, desconocida flor.

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,
Y cuyas ramas crujen al són del huracán,
Reparten sus despojos, y al ímpetu violento
Ahogando con sus hojas la florecilla van ;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,
Y suena por las ramas su acento silbador,
Al pié del tronco yace, oculta, helada, ignota,
Y muda entre el estrépito, la solitaria flor !

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,
Y empújame, y ahógame, y obligame á quejar,
No hay uno que hacia abajo la alegre vista lleve,
No hay uno que, por lástima, me venga á saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento,
Diciendo : Á quién le importa ? De vuestro Edén
me voy.

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios ;
Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do apenas queda un eco para decir : ADIOS !

Á LA SEÑORITA DOLORES ARGÁEZ DES-
PUÉS DE UN BAILE

Como entre flores ricas y vistosas
Se oculta la violeta en el jardín,
Entre damas alegres y pomposas
Yo te vi confundida en el festín.

Á LA SEÑORITA DOLORES ARGÁEZ 23

Imagen de la tímida violeta
Tienes un atractivo encantador ;
Por eso ensalza el infeliz poeta,
Aun más que tu belleza, tu pudor.

Esa tristeza lánguida y esquiva
Que te acompaña por doquiera vas,
Y la sonrisa dulce y expresiva,
Que asoma y muere en tu doliente faz ;

La lágrima furtiva que riela,
Al escaparse, por tu limpia tez,
Que un sentimiento tímido revela
De fuego, ignoto para ti tal vez,

Dan á tu rostro esa expresión que inspira
Religioso cariño, admiración,
Y hace sonar las cuerdas de la lira,
Y latir de ternura el corazón.

El alma, como un arpa vibradora,
Responde al tono que le da tu humor ;
La alegre tu sonrisa encantadora,
La anubla y entristece tu dolor.

Porque tienes del niño la inocencia,
De la mujer las formas de marfil :
El amor se confunde en la presencia
De tu belleza, púdica, infantil.

Como la luz de aurora matutina
Alumbra tu mirada, sin quemar :
Es tu voz cual la nota peregrina
En que suele la tórtola llorar ;

Tu rostro melancólico y süave
Me representa la doliente faz
Del Ángel santo, que, en su angustia grave,
Trajo consuelo al Salvador y paz ;

Y tu cuerpo modesto y delicado
Es cual lirio encerrado en un cristal :
El viento del deleite no ha llegado
Á columpiar tu talle virginal.

Ya pasaron los años de tu infancia,
Y pasará también tu juventud ;
Pero siempre el aroma y la fragancia
Quedarán para ti de la virtud.

Como conservan las marchitas flores,
Perdidos ya los tintes, el olor,
Tú guardarás, dulcísima Dolores,
Perdida la belleza, tu pudor ;

Y cuando ya no pueda la corona
De la hermosura decorar tu sien,
Todos respetarán á la matrona
Y su virtud admirarán también.

Mientras esas espléndidas mujeres,
Que te ven con orgullo y altivez,
Sientan volar amores y placeres
Con la estéril frescura de su tez ;

Tú no verás en el ocaso el astro
Que tu feliz carrera alumbrará :
Tu alma és esencia en vaso de alabastro,
Que aun gastado, su aroma exhalará.

Y serás más feliz que la más bella,
Porque unes el pudor á la beldad ;
Y el tiempo en todo dejará su huella,
Menos en tu virtud y mi amistad.

Julio 19 de 1855.

Á LAS HEROÍNAS DE BOGOTÁ

(Recuerdo de la Campaña contra la Dictadura del General Melo.)

POR más bárbaro que sea
El enemigo, no importa :
Toda distancia se acorta
Para el que lidiar desea.

Las bellas gimiendo están ;
Los brazos, pues, tenderemos,
Y, ó todos pereceremos,
Ó ellas se libertarán.

Así, virtuosas matronas,
Corred los campos desiertos
Y preparad dos coronas
Á vuestros hijos altivos :
De laurel para los vivos,
De ciprés para los muertos.

Feliz quien sienta la herida
Que su pecho desbarata,
Pues la bala que á él le matá
Os da á vosotras la vida.

Dichosos son los hijos que á sus madres
 Á costa de su vida libertaron,
 Y el honor de la virgen rescataron
 Muriendo al pie del salvador cañón.
 Ésos por credencial muestran ufanos
 Ante su Dios el corazón abierto ;
 Á ésos su Dios les abre el Santo Puerto
 Sólo con ver el roto corazón.

Noviembre 5, 1854

VANITAS VANITATUM ET OMNIA
 VANITAS

I

BUSCA el Egipto en su constante anhelo
 Gloria inmortal : al tiempo desafia
 Construyendo pirámides que envía
 De la móvil arena al alto cielo :

Los restos de sus padres, en su duelo,
 Á la sólida fábrica confía,
 Y del tiempo á pesar, la momia fría
 Por siglos guarda el consagrado suelo.

Descubre el sabio el esqueleto pálido ;
 Interroga las raras inscripciones
 Y se desvela sobre el resto escuálido,
 Que ha triunfado de mil generaciones ;
 Mas ¡ ay ! murieron raza, historia y nombre :
 Sólo quedó la vanidad del hombre.

II

¿ Quién construyó la inmensa maravilla
 Que se esconde en el suelo americano ?

VANITAS VANITATUM ET OMNIA VANITAS 27

¿ Quién de Palenque * explicará el arcano
 Que nuestra ciencia presuntuosa humilla ?

Tal vez fué de Titanes la semilla,
 De aquella raza cuya dura mano
 Construyó el laberinto sobrehumano
 Que á pesar del diluvio vive y brilla.

Pero no queda de esa raza nada :
 De la fábrica enorme cada piedra,
 Una vez y otra vez interrogada,
 Con su terco silencio nos arredra :

— Quién os labró ? — LA VANIDAD ! responden
 Los ecos que en las bóvedas se esconden.

III

¿ Y cuántas glorias, en su propio aprecio,
 No fundaron los ínclitos mortales
 Que aquellos monumentos colosales
 Dieron al mundo, del poder por precio ?

¡ Y cuán costoso para el pueblo, y recio,
 Y cuán fecundo en servidumbre y males
 Fué el poder que en tan anchos pedestales
 Dejó su fama con orgullo necio !

El amor de la gloria á la injusticia
 Los llevó, y al afán y al movimiento,
 Para dejar á su ambición propicia
 Fábrica eterna, eterno monumento ;

Mas ¡ ay ! erraron, porque todo ha muerto,
 Menos la Vanidad, en el Desierto.

* *Palenque*.—Ruinas de una gran ciudad en la América central, á 150 kilómetros al Este de Chiapa, descubiertas en 1787 por Antonio del Río y José Alonso de Calderón. Hay notables analogías entre estas ruinas y las del antiguo Egipto y también, aunque en menor grado, con las de la India oriental.

IV

¡ Infeliz del que busca en la apariencia
La dicha, y en la efímera alabanza,
Y muda de opinión con la mudanza
De la versátil pública conciencia !

El presente es su sola providencia ;
Cede al soplo del viento que le lanza
Al bien sin fe y al mal sin esperanza ;
Que en errar con el mundo está su ciencia.

Y feliz el varón independiente,
Que libre de mundana servidumbre,
Aspira entre dolor y pesadumbre
Á la eterna verdad, no á la presente,
Conociendo que el mundo y sus verdades
Son sólo vanidad de vanidades !

V

Oh ! todo es vanidad : Dios sólo sabe
Glorificar al hombre que ha creado ;
Puede del ancho espacio ser borrado
El orbe, al són de su palabra grave ;

Mas cerneráse el Justo, como el ave
Revoloteando sobre el ponto airado,
Por encima del mundo desquiciado,
En que la misma Vanidad no cabe.

Imperios, mundos, creaciones pasan,
Como pasa vibrando por el campo,
Sin dejar huella, el repentino lampo
De aquellos fuegos que el espacio abrasan.

Mas la Virtud no muere ni se olvida ;
Que Dios le da su Eternidad por vida.

PARIS: 1859.

CASIMIRO EL MONTAÑÉS

Es lóbrega la noche : un nubarrón oscuro
De lluvias y relámpagos y de terror preñado,
Parece haber al mundo entero sepultado
Bajo su manto espeso de espanto y soledad.
Y mírase un jinete que cruza la llanura
Y luégo escala el monte, y llega á la montaña,
Y luégo por la selva ignota se enmaraña
Al són solemne y sordo de la alta tempestad.

Á saltos va el caballo las rocas escalando,
Y bufa á cada esfuerzo pidiendo siempre rienda,
Que la áspera montaña, la peligrosa senda
Parece que conozca mejor que su señor.
El rifle mal colgado la ijada le golpea,
Y atónito por tiempos retiembla estremecido,
Y del contacto insólito y tétrico sonido
Se asusta, y páрте, y párase mirando en derredor.

Parece el caballero nacido á su caballo ;
Parece que el caballo á cada movimiento
Expresa las pasiones y el vario pensamiento
Que cruzan por la mente del rústico feroz.
Y al ruido de los truenos que repercute el monte,
Y al ruido de la lluvia que el caucho le azotaba,
Así con su caballo el montañés hablaba
Sin que ese ruido ahogase el eco de su voz :

“ Noche por las tormentas arrullada,
Imagen de la muerte ! tú me guías !
Te amo, y detesto los lucientes días
Que he pasado entre angustias y terror !